



CORTES GENERALES

SESIÓN SOLEMNE

Año 2011

IX Legislatura

Acto Parlamentario con motivo de la visita a las Cortes Generales del Excelentísimo señor don Sebastián Piñera Echenique, Presidente de la República de Chile, celebrado el miércoles 9 de marzo de 2011, en el Palacio del Congreso de los Diputados.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ BONO MARTÍNEZ

SUMARIO

Se inicia el acto a las nueve y diez minutos de la mañana.

— Discurso del señor Presidente del Congreso de los Diputados (Bono Martínez)

— Discurso del señor Presidente de la República de Chile (Piñera Echenique)

Finaliza el acto a las nueve y cuarenta minutos de la mañana.

Se abre la sesión a las nueve y diez minutos de la mañana.

El señor **PRESIDENTE**: Se abre la sesión extraordinaria.

Excelentísimo señor presidente de la República de Chile, delegación que le acompaña, señor presidente del Senado, señorías. Es un honor, señor presidente, recibirle en el Congreso de los Diputados y saludarle en nombre de los representantes del pueblo español, reunidos en sesión extraordinaria, con toda la solemnidad que merece vuestra excelencia y que corresponde a la magnífica relación que une a nuestras dos naciones, a nuestros dos pueblos. Somos muchos los españoles que llevamos a España y a Chile unidos en nuestro corazón. No en vano nos une la historia y los sentimientos, algo que no se somete a los decretos o a las leyes. Tenemos, señor presidente, el mismo idioma, el español, la tercera lengua más hablada en el planeta y a cuyo enriquecimiento ha contribuido el pueblo chileno, entre otros, con Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Isabel Allende, Gonzalo Rojas y Jorge Edwards. Nos unen años de historia, tenemos en muchos casos, señor presidente, los mismos abuelos, y nos une también haber sufrido dictaduras y la esperanza renovada de saber que por muchas flores que corten ningún tirano ha podido nunca acabar con la primavera. Podemos decir con verdad que el mundo estaría notablemente incompleto sin la contribución de Chile y de España. ¿Cómo imaginar, señor presidente, un mundo sin 400 millones de seres humanos que hablamos el castellano? ¿Cómo imaginar, señor, un mundo sino notablemente disminuido sin Neruda o sin Cervantes?

El 24 de septiembre pasado celebramos el bicentenario de las Cortes Extraordinarias de la isla de León o de San Fernando, que alumbrarían la Constitución gaditana de 1812, verdadero icono del parlamentarismo democrático. En aquella Constitución cuyos dos únicos ejemplares originales conservamos en esta casa, uno de los cuales hemos traído, señor presidente, en vuestro honor para que podáis observarlo, como habéis hecho, más de cerca y ahora presidiéndonos. Fue firmada no solo por los diputados de este, sino también de aquel hemisferio. En él se encuentran las firmas, como habéis podido comprobar, de dos diputados elegidos por el Reino de Chile. En concreto, 37 diputados americanos, dos de ellos, como le digo, de la Capitanía General, aunque ellos firmaron "Reino de Chile": Joaquín Fernández de Leiva, que colaboró activamente en su redacción, y Miguel Riesco, que actuó en aquellas Cortes como diputado secretario. Aquella Constitución construyó una patria liberal para los españoles y a ustedes les ayudó a fraguar la suya. Quizá hoy con su presencia aquí, que da un carácter excepcional y extraordinario al hemisferio, sea uno de esos días a los que se refería Gabriela Mistral cuando señalaba: Tener patria es un regalo al que de tarde en tarde hay que corresponder.

En nombre de los diputados de esta patria le felicito a usted y en vuestra excelencia al pueblo chileno por su ejemplar comportamiento en dos acontecimientos dramáticos que han logrado conmover al mundo entero: el

terremoto de 2010 y sus devastadoras secuelas, y el rescate de los mineros de la mina de San José. En aquellas dos fechas los españoles admiramos el valor, la solidaridad y el patriotismo de los chilenos y nos sentimos más cerca que nunca, junto con el año 1973, del sufrimiento de vuestra patria, y también después de su alegría, como corresponde a pueblos que se saben hermanos, mucho más allá de lo que se proclama en los discursos o de lo que se escribe en los tratados internacionales.

Gracias, señor presidente, por vuestra presencia y por vuestra atención. Muchas gracias. (**Aplausos.**)

Señor presidente, las Cortes Generales de España desean escucharle. Tiene la palabra.

El señor **PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE** (Piñera Echenique): Muy buenos días.

Honorable presidente de la Cámara de Diputados, don José Bono, honorable presidente del Senado, don Francisco Javier Rojo, honorables diputados y senadores de España, en la vida de los hombres y en la vida de los pueblos hay lazos y relaciones que, lejos de romperse o debilitarse por la distancia o por el paso del tiempo, se fortalecen y se agigantan, y eso es lo que ocurre entre España, nuestra madre patria, y Chile, un país muy lejano, en los fines o confines del mundo, separado de la madre patria por los desiertos más secos del mundo, el océano más grande de nuestro planeta, las montañas más majestuosas y los magníficos hielos del sur, porque entre España y Chile existe una relación tan fuerte como aquella que solo existe entre una madre y un hijo.

Han transcurrido ya más de quinientos años desde que se produjo ese maravilloso encuentro de dos mundos: el mundo español y el mundo de nuestros pueblos originarios, el mundo del pueblo araucano en el caso del Reino de Chile. Ustedes y nosotros compartimos, como dijo mi amigo José Bono, mucho más que un idioma; compartimos una historia, compartimos una cultura y compartimos un futuro. Fue un día de abril del año 1536 cuando, siguiendo un engañoso espejismo de una tierra henchida de oro y de riquezas, Diego Almagro llegó con dolor, como lo dijo con sus propias palabras, al Reino de Chile. Con dolor porque debió cruzar montañas, desiertos, enfrentar el frío de la noche y también los vientos penetrantes, y por supuesto la natural resistencia de los pueblos originarios. Cinco meses después regresaría a Lima, Perú, con las manos vacías, pero esa experiencia caracterizada por el dolor y la frustración no le quitó al idealista hidalgo de Extremadura, don Pedro de Valdivia, ni su entusiasmo ni su compromiso por iniciar nuevamente la aventura de Chile: la mayor hazaña del pueblo vascongado, según nos dijera Miguel de Unamuno.

Valdivia, motivado, según las propias palabras que él le envió al rey Carlos V, "por descubrir y poblar esas tierras para vuestra majestad" pero también "por buscar honra y mercedes para dejar memoria y fama de mí", se adentró nuevamente en las tierras de ese lejano llamado Chile y llevando en el fuste de su caballo la imagen de la Virgen del Socorro entró a Chile junto a su fiel y valiente compañera Inés de Suárez, y fundó la ciudad de Santiago. En ese instante escribió, desde la cumbre de un peñón llamado Huelén, una carta al rey de España dicién-

dole que se había encontrado con un valle maravilloso desde el cual podía apreciar una cordillera majestuosa, de la cual bajaba trepidante un río que se perdía rauda hacia el mar, y así fundó la ciudad de Santiago y luego la ciudad de La Serena, en recuerdo de su tierra natal, la ciudad de Valdivia, la Ciudad Imperial, y se adentró en nuestro país. Iba con la cruz en una mano para convencer y con la espada en la otra para conquistar, y según señalan los cronistas de la época, intentaba convertir las almas a la fe católica por la fuerza de la cruz y si era necesario también por la fuerza de la espada. Y así pudimos conocer de las hazañas y señorío de Valdivia, de las batallas libradas, del enfrentamiento con el pueblo araucano, que le costó finalmente su vida, y también de la hermosura y nobleza de esa tierra y del coraje y la bravura de los mapuches. Don Alonso Ercilla y Zúñiga, en un poema épico maravilloso denominado La Araucana, escrito en el siglo XVI, dejó testimonio del pensamiento de Pedro de Valdivia y de los españoles que lo acompañaron al plantear: Chile, fértil provincia y señalada de la región Antártica famosa, de remotas naciones respetada por fuerte, principal y poderosa. Y agregaba: La gente que produce es tan granada, tan altiva, gallarda y belicosa que no ha sido por rey jamás regida ni a dominio extranjero sometida. Pero el vínculo filial al que hacía mención y que une a España y Chile por más de cinco siglos no podía estar exento de las penurias, dolores pero también alegría y esperanzas del alumbramiento. El año pasado celebramos nuestros primeros doscientos años de vida independiente; un parto que sin duda inicialmente significó dolor para la madre y también un trauma para el hijo, que debió abandonar la calidez y la seguridad del seno materno para aventurarse por los maravillosos caminos de la libertad y la independencia. Pero ese parto y esos caminos de libertad no lograron quebrar, ni mucho menos debilitar, una comunión que tenemos hasta el día de hoy con España; una comunión que va mucho más allá de las leyes, los acuerdos y los tratados, y que vive en el alma y en el corazón de los chilenos y los españoles porque, como decía José Bono, está basada en la historia, en la cultura, en los principios pero, sobre todo, en un proyecto de futuro compartido.

Chile es un país lejano, pero muy cercano al mismo tiempo a España. Y quisiera decir que Chile, al igual que España, también sufrió quiebra de su democracia y fue en esos tiempos cuando conocimos la profunda solidaridad del pueblo español. Igual como Chile había acogido a aquellos hijos de esta noble patria cuando la guerra civil llenó de dolor y sufrimiento a esta patria, los españoles también supieron recibir a muchos chilenos que debieron dejar nuestras tierras. Al igual que España, Chile supo reconquistar su democracia, con esa sabiduría profunda que es una de las herencias del pueblo español, usando la razón más que la fuerza, el diálogo y no el conflicto, la unidad y no la división y, sobre todo, poniendo los ojos en el futuro que nos une y no tanto en el pasado que nos había dividido. También España fue un país que estuvo muy cerca de Chile cuando nos incorporamos a la Unión Europea y a la OCDE, y ha seguido, a través de su cultura pero también a través de su espíritu, iluminando los caminos que nuestro Chile ha debido

seguir. Pero hoy, después de quinientos años de ese encuentro entre los pueblos, estamos viviendo tiempos nuevos. El siglo XX, ese siglo en el que todos nacimos pero que ya quedó atrás, ese siglo de contrastes, en el que el hombre logró progresos extraordinarios -llegar a la luna, al fondo del mar, descubrir el secreto del átomo- pero que también conoció las dos guerras más crueles y más mortales de la historia de la humanidad, la Primera y la Segunda Guerra Mundial, que dejaron más de 70 millones de muertos. El siglo XX fue un siglo que conoció también la división de la raza humana sobre este planeta en bloques irreconciliables, que no podían dialogar ni ponerse de acuerdo en nada, ni en el modelo político ni en el modelo de desarrollo ni en la concepción de la sociedad, y que acumulaban armas -unos en el Tratado de la OTAN y otros en el Tratado de Varsovia- capaces de aniquilarnos muchas veces y vivíamos mutuamente atemorizados los unos de los otros. Ese siglo XX que, además, fue cuna de los dos experimentos que, en mi opinión, más daño le han causado a la humanidad, como fue el nazismo y el comunismo. Ese siglo XX que, en forma sorpresiva -porque nadie lo anticipó-, de la noche a la mañana y antes de que terminara el siglo histórico, dio paso a un siglo nuevo con la caída del muro y la caída de las cortinas.

Así emerge este siglo nuevo que estamos construyendo todos juntos, que no sabemos cómo va a ser, pero sí sabemos que, a diferencia de lo que postulaba Fujuyama, la historia no ha terminado, la historia continúa y mientras existan un hombre y una mujer con un espíritu libre vamos a seguir escribiendo las páginas de la historia. Un siglo que se presenta ante nosotros lleno de oportunidades; un siglo que estamos formando y trazando con nuestras manos sus características fundamentales; un siglo que nos muestra cómo el cambio es la única constante y, hoy en día, en el mundo árabe vemos cómo los vientos de libertad y de democracia soplan con más fuerza que nunca. Es en este siglo en el que estamos conviviendo españoles y chilenos para unir nuestras fuerzas y forjar los caminos del futuro. Mi país vivió un año 2010 que nunca olvidaremos. Un año en el que vivimos y experimentamos todas las emociones y todas las sensaciones que un pueblo y un país pueden vivir. Partió con la elección de un nuevo gobierno después de veinte años de un gobierno de signo distinto, siguió con uno de los cinco terremotos más destructivos y devastadores de la historia conocida de la humanidad, y continuó con la celebración de nuestro bicentenario, los doscientos años de vida independiente. Más tarde, enfrentamos lo que significó un gran desafío para la sociedad chilena, un accidente que dejó atrapados a 700 metros de profundidad, en el desierto más seco del mundo, a 33 mineros. Todos esos desafíos los enfrentamos con unidad y con coraje. Recuerdo que apenas supe del accidente de los mineros fui a una mina llamada San José en el desierto de Atacama y me reuní con las hijas, las madres y las esposas de los mineros atrapados. Les dije, con una mano en el corazón, que asumía frente a ellas y ellos un solo compromiso: íbamos a buscar a nuestros mineros como si fueran nuestros propios hijos, íbamos a hacer lo humanamente posible para encontrarlos y para rescatarlos

sanos y salvos. Durante diecisiete días buscamos en forma ciega, porque no sabíamos dónde estaban y mucho menos si estaban vivos o muertos, hasta que finalmente los encontramos. Recuerdo con emoción ese día en el que finalmente uno de los taladros volvió a la superficie de la tierra con un papel amarrado que decía: Estamos bien, en el refugio, los 33. Ese fue un momento de emoción inexplicable que sé que no solamente recorrió mi país, sino que fue compartido por el mundo entero y de forma muy especial por nuestros hermanos españoles.

También nuestro Gobierno, que tuvo que enfrentar el terremoto, tenía un ambicioso programa de Gobierno, que en dos palabras podemos resumir en lograr aquello que nuestros padres y abuelos buscaron permanentemente pero nunca alcanzaron, y que es hacer de Chile, antes de que termine esta década, quizás el primer -ojalá no el único- país de América Latina que logre por fin dejar atrás el subdesarrollo y derrotar la pobreza y crear una sociedad de oportunidades para todos, en la que todos puedan desarrollar sus talentos, pero también una sociedad de seguridades para todos, en la que todos sepan que por el solo hecho de haber nacido en esa tierra bendita tienen derecho a una vida digna y a buscar una vida más plena y más feliz. Afortunadamente, hemos avanzado a paso firme. En estos doce meses que llevamos en el Gobierno, y a pesar del terremoto, nuestra economía recuperó la capacidad de crecer —estamos creciendo a más del 6 por ciento al año—, recuperó la capacidad de crear trabajo —el año pasado creamos casi medio millón de nuevos empleos— y estamos avanzando en enfrentar los grandes desafíos y las grandes reformas que tanto en España como en Chile son necesarias y que no podemos seguir postergando.

Honorables diputados y senadores, Chile tiene muchas razones para sentir una profunda gratitud con España. No solo por el legado histórico, un idioma, una cultura, una tradición y una fe que es compartida por la mayoría del pueblo español y del pueblo chileno, sino también porque España ha sido una fuente de inspiración para la libertad de espíritu que se expresa en la creación de los poetas y los artistas. Fue en estas tierras españolas donde Vicente Huidobro, Gabriela Mistral y Pablo Neruda escribieron sus mejores versos. Fue en estas tierras españolas donde un artista como Roberto Matta, que ayer pudimos recordar en el Instituto Cervantes, logró plasmar su mejor creatividad y alcanzar sus mejores obras. Fue también en España donde nuestros chilenos que debieron abandonar su patria recibieron la solidaridad del pueblo, igual que Chile recibió a tantos que debieron dejar estas tierras durante los oscuros días de la guerra civil. También quiero transmitir a todos ustedes y, a través de

ustedes, al pueblo español la gratitud del pueblo chileno por la ayuda generosa y solidaria en los momentos de adversidad, como fueron el terremoto y la búsqueda de los mineros, porque es en los tiempos difíciles y de adversidad cuando uno conoce y aprecia a sus verdaderos amigos. Quiero también agradecer a todos ustedes pero muy especialmente al Grupo de amistad español-chileno, presidido por nuestra gran amiga y vicepresidenta de este Congreso Ana Pastor, y compartir con ustedes dos reflexiones: la diferencia entre el pasado y el futuro es una sola, el pasado ya está escrito, podemos mirarlo, podemos comentarlo pero ya no podemos cambiarle ni una sola coma; en cambio, lo maravilloso del futuro es que aun no está escrito y está esperando a que nosotros tomemos con nuestras manos los pinceles y tracemos los caminos del futuro. Por tanto, los ojos, sin dejar de recordar el pasado, deben estar siempre puestos en el futuro. También, en el mundo hay dos tipos de espíritus, los espíritus viejos y los espíritus jóvenes. Los espíritus viejos viven de la nostalgia, le temen al futuro y creen siempre que todo tiempo pasado fue mejor. Por el contrario, los espíritus jóvenes viven de la esperanza, esperan con entusiasmo el futuro y siempre piensan que lo mejor está todavía por venir. Por eso, cuando España y Chile tenemos que enfrentar los desafíos de esta sociedad moderna, la sociedad del conocimiento, la sociedad de la información, y enfrentar los desafíos de conquistar mayores espacios para la libertad de nuestros pueblos, conquistar mayores espacios para el bienestar de nuestros pueblos, alcanzar mayores niveles de igualdad de oportunidades y, al mismo tiempo, proteger mejor nuestro medio ambiente y nuestra naturaleza, tenemos que poner nuestros ojos en el futuro y revivir el espíritu joven que vive en el alma y en el corazón de todos y cada uno de nosotros.

Muchas veces, a los que tenemos posiciones de liderazgo, como la tienen ustedes y la tenemos nosotros, por decisión y voluntad democrática y libre del pueblo, nos preguntan cómo van a ser los tiempos que vienen. Quisiera terminar estas palabras recordando a San Agustín, que cuando le hacían esa pregunta decía: Los tiempos son como los hacen los hombres. Seamos mejores y los tiempos serán mejores.

Muchas gracias. (**Aplausos de las señoras y los señores diputados, puestos en pie.**)

El señor **PRESIDENTE**: Muchas gracias, señor presidente.

Se levanta esta sesión extraordinaria.

Eran las nueve y cuarenta minutos de la mañana.

Edita: Congreso de los Diputados
Calle Floridablanca, s/n. 28071 Madrid
Teléf.: 91 390 60 00. Fax: 91 429 87 07. <http://www.congreso.es>

Imprime y distribuye: Imprenta Nacional BOE
Avenida de Manoteras, 54. 28050 Madrid
Teléf.: 902 365 303. <http://www.boe.es>



Depósito legal: M. 12.580 - 1961